

## CON NOMBRE PROPIO. MARIA JUSTICIA ORTIZ

Magdalena Valenzuela Guzmán  
[www.huelma.org](http://www.huelma.org)



María Justicia Ortiz

A veces pensamos que la historia de un pueblo la conforman los poderosos, pero no es cierto, la auténtica historia de un pueblo la hace toda su gente, en muchos casos personas anónimas que han dedicado su vida a trabajar, a cuidar de su familia y a salir adelante pese a las dificultades.

Es el caso de esta vecina de Huelma, que el día 28 de Febrero de 2019, día de Andalucía, cumplió 100 años, lo que la convierte en la persona más longeva de nuestro pueblo.



María celebrando su 100 cumpleaños

Es una vida sencilla, en la que seguro vamos a ver reflejada la historia de nuestras madres y abuelas, algunas de ellas contemporáneas de nuestra protagonista, a quienes les ha tocado vivir los años más difíciles de la historia de Huelma.

María Justicia Ortiz, que ese es su nombre, nació en 1919 en un cortijo de Solera llamado el Jaral, donde sus padres trabajaban tierras arrendadas.

Hija de Sebastián Justicia Valdivia, que tenía 37 años cuando ella nació y de Rita Ortiz Ruiz, que contaba solo 20 en ese momento, es la segunda de diez hermanos: Sebastián, María, Consuelo, Rosario, Mercedes, Antonio, Diego, Fernando, Rogelio y Juan Justicia Ortiz. Aunque según me cuenta, su madre tuvo trece hijos y un aborto, pero tres de ellos murieron siendo niños. De los diez que llegaron a la edad adulta, viven actualmente tres.

Al poco tiempo de nacer María, su familia se trasladó a vivir a la zona alta de Cabrita, a un cortijo que llamaban del Tío Nene, que había pertenecido a su bisabuelo y que había heredado su madre. Ahí permaneció hasta que cumplió nueve años y marchó con toda la familia, que ya había aumentado con el nacimiento de más hijos, a otro cortijo situado frente al anterior; el llamado de la Tía Clara, y allí pasó su juventud. De él recuerda que no disponía agua y había que bajar para lavar, o para llenar los cántaros para beber, al cortijo de Olegario o al del Pino. Cada vez que tenían que ir a llenar agua o lavar ropa, debían bajar una cuesta larga, que luego había que subir cargada con el canasto o el cántaro a la cadera, y se hacía muy duro, porque eran muchos de familia y muchas las veces que tenían que bajar y subir la cuesta.

Me cuenta que en su vida ha tenido que trabajar mucho; iba a la aceituna, arrancaba garbanzos, trabajaba en la era, o en cualquier trabajo que le saliera, porque eran muchos hermanos y mucha la necesidad que había.

Dentro del cortijo, en su vida diaria, tampoco le faltaba el trabajo. Recordemos que detrás de ella, había otros ocho hermanos, y todas las manos eran pocas para cuidarlos.

Sin embargo, también ha sabido divertirse: iba con las amigas a los cortijos de los alrededores cuando se organizaban bailes, o como ella dice:

*“Nos juntábamos para hacer cualquier cosa, un tueste, (palomitas de maíz,) para tocar la zambomba o cantar villancicos en Navidad, todo valía como excusa para pasar un rato con los vecinos y lo pasábamos bien.”*

El cortijo de la tía Clara, estaba cerca del molino de Los Garcías, donde vivía un joven con su madre que estaba viuda. Este joven era Cecilio Vico García, seis años mayor que ella. María y Cecilio se enamoraron y se hicieron novios.

Echarse novio, no fue un problema para ella, porque las familias se conocían desde siempre, y no hubo ningún inconveniente en formalizar la relación.

Me dice, que en aquellos años, los novios hablaban solo dos veces por semana, los jueves y los domingos. Hablaban por la ventana, y me cuenta, que sus padres pusieron una tela metálica en la reja, para que no pudieran ni tocarse un dedo.

Así transcurrió su noviazgo, hasta que un día Cecilio le propone marcharse a vivir juntos, lo que antes se llamaba “irse con el novio”. Ella acepta, entre otras razones, por ahorrarles dinero a sus padres, que ya andaban bastante justos con diez hijos a su cargo.

Hacer un ajuar y una boda vale dinero, y ellos no lo tenían. Por eso, muchos padres con pocos recursos, veían con buenos ojos que sus hijas se fueran con el novio, ya que así se liberaban de la obligación de pagar un ajuar y una boda, y solo regalaban

a los novios lo que podían: una cama, una mesa, sillas viejas o unos cacharros de cocina ya usados.

El joven matrimonio se marcha a vivir con la madre de él, al molino de los Garcías, y convivieron con ella hasta su fallecimiento en 1970.



María con su familia en el cortijo de Los Garcías

Cecilio y María fueron padres de tres hijos:

- Romualda nacida el 17 de Noviembre de 1940 y fallecida 14 meses después.
- Romualda , nacida el 26 de Octubre de 1941 y que actualmente reside en Huelma
- Miguel, nacido el 13 de Marzo 1944 y también vecino de Huelma.

Antes de que nacieran sus hijos, el día 26 de Abril de 1940, contraen matrimonio oficialmente. Se casaron en la Casería de Don Felipe, porque ese día bajó el cura de Huelma a decir misa, y aprovechó para casar a cinco o seis parejas que vivían según sus propias palabras “amancebadas”. No hubo celebración, ni asistió ningún familiar, solo su suegra, porque ya llevaban conviviendo un tiempo y ella estaba embarazada de su primera hija.

La vida de María en el molino de los Garcías transcurría trabajando y cuidando a su familia. En realidad, este cortijo estaba compuesto por dos viviendas, la que ellos ocupaban, y el molino propiamente dicho, donde residía una tía de Cecilio llamada Guadalupe, que al igual que su madre se encontraba viuda y con un hijo. La amistad de estas dos cuñadas, Guadalupe, y Romualda que así se llamaba la suegra de María, era tal que incluso abrieron una puerta interior para comunicar sus viviendas sin tener que salir al exterior, y por las noches, ambas familias dormían en la misma casa, aunque durante el día llevaban vidas independientes. Con esta relación tan estrecha, Cecilio y su primo Juan María, crecieron juntos tratándose como hermanos.

Cuando ambos fueron mayores continuaron su amistad, y me cuentan, que en los años del hambre, cuando estaba prohibido moler grano y vender pan, los dueños del molino incumplían esta orden, y de forma clandestina molían trigo y fabricaban pan a espaldas de las autoridades, arriesgándose a que les impusieran una sanción. Según me

dice, esa fue una época de gran concurrencia de vecinos en el molino, unos iban a moler y otros a comprar harina o pan, pero nunca estaban solos. Para evitar que la Guardia Civil los sorprendiera realizando esta actividad, tenían ojeadores por el camino, y cuando los veían venir a lo lejos, escondían los panes en la casa de Cecilio, y barrían el suelo para que pareciera que no había actividad en el molino. No obstante, alguna vez estuvieron muy cerca de ser sorprendidos, y tuvieron que agudizar el ingenio para salir airosos del trance. Recuerda que una vez, la pareja no se conformó con inspeccionar el molino, y entraron a registrar la vivienda contigua. Para evitar que encontraran los panes que tenían escondidos, la madre de Cecilio los envolvió en un lienzo, los metió en la cama y se metió ella también fingiendo estar moribunda. Así se libraron de una multa y de la consecuente incautación del producto.

Así un día tras otro, va pasando el tiempo, y los hijos de Cecilio y María se hacen mayores, para entonces el matrimonio había conseguido ahorrar algún dinero y lo invierten en adquirir otro molino, el Reficao, donde molían el pienso para sus animales.

En Noviembre de 1967, se casa su hija Romualda y se viene a vivir a Huelma. Después hizo lo propio su hijo, que también se traslada al pueblo, y el matrimonio se queda solo.

Aunque Cecilio y María residían en Cabrita, venían mucho al pueblo, y se quedaban a dormir en una casa que tenía su suegra, en la calle que ahora conocemos como Antonio Machado, justo la de por debajo de la tienda de Leandro.

Un tiempo después, su marido y ella, compraron casa propia, la nº 22 de la calle Cabezas, y ese sería su hogar hasta que por los achaques de la edad, se trasladó a vivir a la casa de sus hijos, donde continua en la actualidad.

Es María, una mujer encantadora que dice que tiene artrosis, que le duele un brazo y que duerma mal, pero que vive una vida plena, y que cuenta con el cariño de toda su familia, hijos, nietos y biznietos.



María Justicia Ortiz, rodeada de su familia.

Yo desde aquí quiero agradecerle el buen rato que hemos pasado conversando de “cosas de antes”, en los que yo he disfrutado escuchándola y espero que ella

contándomelas y homenajear en su persona a todos aquellos vecinos y vecinas de Huelma que de forma callada y hasta anónima han contribuido a lo largo de los años a formar el pueblo que disfrutamos hoy.